

# escrito a máquina

Mirando los astros en  
la noche de Managua

## Horóscopo político



A medida que se ha intensificado en el Siglo XX la vida urbana, ha resucitado —hasta convertirse en uno de los grandes productos de la ciudad moderna— la viejísima ciencia mágica del horóscopo, de la astrología. Con la astrología comenzaron las ciudades: las primeras ciudades y civilizaciones: Caldeas, Chinas, Mayas, Toltecas. . . y —después de milenios— al desarrollarse otra vez el espíritu citadino y babilónico, los astros recuperan su imperio mágico. Millones de publicaciones extienden hoy a las masas los significados e influencias de los signos del zodiaco.

¿Qué es lo que ha pasado con el hombre actual que, al introducirse en una civilización completamente distinta de todas las anteriores —técnica, maquinista, estadística, científica, industrial— parece empeñado en aferrarse a las creencias más primitivas del comienzo de las civilizaciones? ¿Qué busca en los horóscopos?, ¿por qué vuelve su angustia o su fe a los astros?

Todo el que ha estudiado el nacimiento de las Civilizaciones sabe que el orden social nos vino del cielo. Durante miles de años el hombre primitivo observó el orden celeste, el movimiento regulado del sol, la luna y las estrellas, y de esta observación nació la ciencia de la astronomía. Fue esta ciencia —una verdadera ciencia, que “identificó los astros fijos y los planetas, que conoció sus ciclos, previó sus movimientos, estableció un mapa celeste” e inventó el calendario— la que dio al hombre la primera imagen de un orden. El hombre, necesitado de organizar sus primeras caóticas aglomeraciones, buscó aplicar ese orden del cielo, a la tierra. Así nació la Civilización: mirando a las estrellas.

La vida social y política se organizó sobre el calendario. Los ciclos estacionales se hicieron sociales. El Sol y la Luna se reflejaron en la autoridad. Surgió el culto que vinculó el orden de arriba con el de abajo. Y surgió la “astrología” que armonizó el orden social con el orden cósmico, que reguló y aseguró lo imprevisto y lo desconocido de la vida humana atándolo “al orden más formidable que la humanidad haya podido conocer: el orden del cielo”.

No hay duda que esta seguridad (esta vinculación entre la pobre y asediada alma humana y la inmutable serenidad de las estrellas) debe haber calado muy hondo en el hombre, porque han pasado miles de años y apenas la ciudad entra en crisis y hacen su aparición los temores e incertidumbres (análogos a los que tuvo el hombre primitivo cuando nacieron las ciudades), vuelve el hombre otra vez sus ojos a los astros y trata afanosamente de amarrar su inseguridad a la mágica estabilidad celeste.

Porque todos somos testigos de que, en nuestro tiempo, cada día crece más el miedo. Un miedo alfabeto. Un miedo ilustrado y lector que algunos llaman angustia y que es hijo de la inseguridad ciudadana. Es en la ciudad —en la civilización urbana— donde el individuo, asediado por la creciente competencia; metido en negocios o dependiente de empleos que nunca son seguros; parte de un sistema de producción y consumo insaciable y veleidoso —que incesantemente desplaza sus centros de interés, sus modas y sus gustos—; arrollado por un mercado de valores cambiantes, informado día a día de alteraciones y mutaciones imprevistas: nuevos inventos, nuevos modelos, nuevas ideas. . . etc.; es en la ciudad, digo, donde el individuo se siente más dependiente y necesitado de la organización y del sistema pero donde —al mismo tiempo— siente que esa organización le falla y lo deja solo frente a sus decisiones, responsable y desprotegido. Por eso busca una seguridad, algo orientador, el horóscopo —un semáforo de astros— que le dé luz en sus determinaciones, elecciones y pasos hacia lo desconocido.

La clientela de los horóscopos no es alfabeto. Ni siquiera es suburbana. Es el centro mismo de la ciudad el que ha vuelto a la magia, porque es el centro de la ciudad, su núcleo económico, el que tiene miedo al cambio, a la inseguridad del cambio, a toda alteración que exponga su va inquietante y veleidoso “modus vivendi”. Y en la misma medida que ese núcleo busca asegurar sus pasos vinculándolos a los astros, se aferra al “statu quo” y acepta cualquier gobierno, por despótico que sea, que le garantice un orden. ¿Qué orden? —No importa cuál sea. El legalismo es también una magia. Una superstición para cubrir el agujero oscuro del miedo. Lo que pide cada ciudadano es levantarse y acostarse con el mismo sol. Que no se alteren en la tierra, como en el cielo, los seguros ciclos de los astros.

El hombre de los horóscopos, el “ciudadano término medio” con su angustia a cuestas —medroso de cambios— es el gran soporte de las tiranías. No quiere “cambiar” pero tampoco quiere quedarse atrás. Entonces recurre a la magia: al autoengaño de las palabras mágicas. Toda la propaganda está basada en palabras del léxico progresista, e incluso revolucionario, pero vacías. El antiguo hechicero usaba máscara. El político actual vuelve a usarla. Los no

# - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

Veros, las fotografías propagandísticas enmas-  
can la realidad.

Las Constituciones, las leyes, los discursos,  
las declaraciones (todo el revestido de palabras  
que recubre la política) no tiene nada que ver  
con la realidad. Forman parte de un arte su-  
gestivo. De una astrología política. (En-  
tre nosotros, por ejemplo, el montaje ritual de la  
Constituyente, el invento de la triple máscara del  
triumvirato, no son más que ritos e invocacio-  
nes mágicas —es decir, sugestivas— para  
que el ciclo astrológico no se rompa, para que el  
cambio pueda pasar, sin romper los tabú, de una "es-  
tadística" de gobierno a otra).

Es del centro de las ciudades de donde nace,  
junto con la vida del dinero, la nueva vida de la  
MAGIA. Porque la necesidad de cambio crea,  
a ese medio, el miedo, el terror al cambio. La  
Inseguridad los arroja al barbitórico y a la ma-  
gía. La inminencia de un mundo nuevo los ha-  
ce aferrarse —por reacción— al más antiguo  
mundo, al mágico; a ese mundo de los hombres  
que se someten a los astros y, peor aún, que con-  
vierten en astros a ciertos hombres para depen-  
der de ellos.

PABLO ANTONIO CUADRA